



LIBRO SEXTO

**Pasion y muerte de Jesucristo Nuestro Señor,
Dios Hombre.**

CAPÍTULO PRIMERO

ENVIA JESÚS Á PREVENIR LO NECESARIO PARA CELEBRAR
LA PASCUA DEL CORDERO

Dos oficios principales tuvo Jesús en este mundo, de Maestro de los hombres y de su Redentor, si bien considerando su vida á mejor luz, todo lo que obró fué redimirlos, ya del error y la ignorancia de la salud eterna por medio de su doctrina, ya del castigo á penas inmortales por la satisfaccion copiosa de su sangre. Habiendo pues, Jesús ocupado tres años y tres meses en el magisterio de los hombres, predicándoles el Reino de Dios, desde su Bautismo en el Jordan, en toda Judea y Galilea por su persona y la de sus discípulos, dió principio á su Pasion, para satisfacer con su muerte á la Divina Justicia por el pecado de Adan y por los innumerables que se originaron de él, á fin de que rescatado el hombre de esta deuda, quedase libre de la esclavitud de Satanás y rico de tesoros con que pudiese comprar á Dios su gloria.

Acabó el miércoles de conversar Jesús con sus Apóstoles acerca de la ruina de Jerusalem y nacion de los Judíos y de su venida al mundo á juzgarle, y se fué inclinada ya la tarde, del Monte de las Olivas á Betania, donde cenó con ellos. Entrada ya la noche se volvió al Monte á pasarla en oracion, conforme acostumbraba, si bien como aquella era la última y tenia tan cerca el escuadron armado de afrentas y dolores que la siguiente le habia de acometer hasta quitarle la vida en una Cruz, fueron

más vigorosos los alientos con que imploró la clemencia y auxilios de su Padre, y más esforzadas las consideraciones de la gloria de Dios ofendido por el rescate de los hombres, con que su magnánimo espíritu se preparó para entrar en combate con los potentados del Infierno, sus declarados enemigos.

Amaneció el jueves veinticuatro de marzo, según el cómputo de los Romanos y luna cuarta décima del mes que los Judíos llaman Nisan (que corresponde parte á nuestro marzo y parte á nuestro abril), en la cual por rito solemne de aquella gente, después de puesto el Sol cenaban el cordero con las circunstancias y ceremonias determinadas por la Ley, celebrando esta Pascua que entre sus fiestas era la mayor, en memoria de la merced que hizo Dios á sus padres, ordenando á un Angel que semejante noche degollase á todos los primogénitos de Egipto, sin reservar el de Faraon; á fin de que atónitos con las repentinas muertes de sus más queridas prendas, los gitanos diesen libertad á los hebreos para ir donde gustasen á hacer sacrificio á su Dios; quedando seguros de calamidad tan sangrienta los Judíos, por haber la tarde antes muerto cada familia un cordero y sellado con su sangre los postes de sus casas, respetando la sagrada seña del Angel.

Con la fiesta del cordero que cenaban los Judíos se juntaba la solemnidad de los panes ácidos ó panes cocidos sin levadura, que comenzaban á comer con el cordero legal aquella misma tarde, si bien la celebración de los panes ácidos pertenecía á la lunacion ó día siguiente quince del mismo mes de Nisan; porque el día eclesiástico, sagrado ó legal, entre los Judíos comenzaba desde la tarde á puesta del sol y se acababa la siguiente á las mismas horas; y por esta causa la tarde del jueves en que Jesús cenó el cordero, conforme el cómputo del día natural pertenecía al mismo jueves cuarta décima lunacion, ó día catorce del mes de Nisan; pero según el día eclesiástico ó legal, tocaba al viernes, luna décima quinta y quince del mismo mes, primero y solemnísimos días de esta Pascua, la cual duraba siete días, que todos sin diferencia gozaban los privilegios y el título de Pascua.

Con el cordero y panes ácidos ordenaba la Ley que comiesen lechugas campesinas de las que sin estudio ni labor nacen por las selvas y los montes. Eran de sabor desapacible y por esta causa las eligió Dios para memorial eterno de la amarga y congojosa vida que los hebreos pasaron en Egipto tantos años. Previno Dios tan solemnes defensivos contra la natural ingratitud de aquella gente, que á corto trecho se había de olvidar (como sucedió) de la durísima servidumbre que en tan idólatra y bárbara provincia padeció, y así les dejó entre sus principales sacramentos grabada la memoria de la tristísima opresión con que gimieron, para que estimasen el beneficio de la noble y tranquila libertad de que gozaban.

Llegado, pues, el jueves, determinó Jesús conformarse en este sagrado rito con los de su nación, en prueba de que hasta los últimos alientos guardaba los estatutos de la Ley y cenar el

cordero, y cuando todos lo cenaban dió á entender á los Apóstoles su resolución, porque no dudasen de ella ni concibiesen que en esto introducía novedad. Díjoles que era preciso ir aquella tarde á Jerusalem á celebrar la Pascua, porque conforme la Ley, en otro lugar no se cumplía con esta obligación. Preguntáronle entonces los discípulos dónde gustaba fuesen á prevenir lo necesario para cenar el cordero, porque en la ciudad no tenía Jesús ni ellos casa propia, ni dineros con que hacer el gasto; sagrada disposición para los misterios de la pobreza.

Puso Jesús los ojos en Pedro y Juan y dióles esta orden: «Id á la ciudad y á la entrada de ella encontrareis á un hombre plebeyo con un cántaro de agua al hombro, seguidle y en la casa donde entrare decid al dueño de ella: «El Maestro te envía con nosotros á decir que ya le falta poco tiempo de vida, que por fin de ella quiere celebrar esta Pascua con sus discípulos en tu casa; y que así ruega le des en ella lugar y lo necesario para su celebración.» Él en oyendo esto os mostrará un cenáculo grande adornado y ostentoso, señalándole para lo que en mi nombre le pedís. En él preparad lo conveniente.»

Acostumbraban los Romanos para mayor ostentación de su grandeza labrar la vivienda principal en los altos de sus casas y en ellos fabricaban ostentosas cuadras, vistosas y capaces piezas que llamaban cenáculos, por estar dedicadas para sus regocijos y banquetes, que de ordinario eran cenas espléndidas y de aparatosa majestad. De los Romanos aprendieron esto los Judíos, porque después que Pompeyo hizo tributaria de Roma la Judea y mucho más desde cuando Herodes Ascalonita fué criado por Augusto y Antonio, Rey de la nación de los Hebreos, afectaron estudiosamente imitar los estilos y grandeza de la República Romana, tratando la suya como colonia del Imperio.

Aseguró pues, Jesús á sus discípulos que el dueño de la casa á quien los remitía en oyendo su mensaje les daría un salón de estos, curiosamente labrado y prevenido de mesas, lechos ó caires aseados, tapetes, flores y pomas, candelabros y lámparas y todo lo demás concerniente á la celebración de la Pascua, de suerte que no faltase más que asar el cordero, traerle á la mesa y comerle con las circunstancias y ritos de la Ley. Con todo este aliño y costo tenía preparado Juan, por sobrenombre Márcos, aquel cenáculo sin determinarse en su pensamiento para quien; pero Jesús como Señor más absoluto que él mismo de su hacienda, le inspiró la prevención, porque instando ya la coyuntura de comer el cordero, no faltase nada á la celebración de la solemnidad.

Fueron Pedro y Juan á Jerusalem, encontraron á sus puertas al que llevaba la cántara al hombro y llegando á la casa donde entró reconocieron que era de un caballero poderoso llamado Juan, por sobrenombre Márcos (hijo de una religiosa matrona cuyo nombre era María), discípulo de Jesús: cuyo recado le dieron, y él al punto les entregó la llave del cenáculo que tenía prevenido, y mandó proveerles de lo necesario para celebrar la Pascua, mostrando el grande aprecio que hacía de que Jesús se

serviese de su casa, especialmente en semejante ocasion. Ejecutorióse entonces el poder Universal y Divino de Jesús, pues aun cuando iba á padecer, disponia con imperio de la casa y hacienda de aquel ciudadano de Jerusalem.

Los Apóstoles gozando de esta generosidad, previnieron un cordero de un año, sin defecto ni mancha conforme á la Ley, panes cocidos sin levadura, que por otro término se llaman panes ácidos y lechugas silvestres ó amargas; instruyendo así un convite Sacramental; pues todos aquellos ritos y sagradas ceremonias instituidas por Dios, contenian representaciones de la benigna liberalidad con que habia libertado á los antiguos padres de la opresion lamentable con que como á esclavos viles les fatigaban con asunto de consumirlos los gitanos, siendo simbolo de aquellas crueldades lo amargo de las lechugas, y los panes ácidos de la priesa de salir de Egipto. Apercibieron tambien lo necesario para la cena comun, que despues de comido el cordero con las ceremonias legales acostumbraban los Hebreos.

CAPÍTULO II

VIENE JESÚS DE BETANIA Á JERUSALEM Y CELEBRA LA PASCUA DEL CORDERO

LUEGO que Jesús desde el monte de las Olivas envió á Jerusalem á Pedro y Juan para que dispusiesen lo concerniente á la Pascua, se vino con los demás Apóstoles á Betania y á las nueve de la mañana entró en la villa. Fuese á la casa de las hermanas Marta y María, donde tambien estaba su Madre que en busca suya habia venido de la ciudad; á todos declaró la instancia de su muerte y que á la tarde habia de ir á Jerusalem á recibirla el día siguiente, porque así se lo decretaba su Padre, á cuyas órdenes no podia disentir, y que esto convenia para la redencion del linaje humano, que era la obra cuya ejecucion le habia traído de los Cielos. Oyendo tales razones á Jesús, fué grande el sentimiento que hizo aquella devota familia, envuelta en lágrimas y gemidos lastimosos, por el tierno amor con que le adoraba; pero viendo Jesús á su Madre singularmente atravesada de dolor, la dijo:

«No extraño, Señora que comenceis á sentir ya los puñales que os anunció Simeon que os habian de penetrar el alma, porque ya se ha llegado el tiempo de experimentar lo agudo de sus filos, pero golpe tanto antes prevenido, no será razon os halle desarmada del valor que debeis tener, siendo Madre de un Dios Hombre, que engendrásteis para Redentor del mundo á costa de su sangre. Si os enternece el mirarme vuestro Hijo y que me parto á morir, en esta ocasion no os habeis de acordar de que

sois madre de este Hijo, sino Hija de aquel Padre que con singular amor os acogió para que me ayudáseis en esta grande obra de redimir al hombre; accion propia de un Dios que fuese hombre tambien; pues habiendo de celebrarla quien enterase á la Divina Justicia con su muerte, ni Dios solo pudiera sentirla ni el hombre solo vencerla.

«Al consorcio de accion tan alta os llama Dios; ved si es justo tenga lugar en vuestro corazon lo tierno de mujer, cuando todo os lo debe ocupar la gratitud de favor tan soberano por el cual quedais con rayos de divinidad. Muchos dolores, afrontas muchas, me vereis padecer mañana al pié de la Cruz en que me han de levantar, pero todas serán heridas hechas en esta carne que me dísteis; poned firme la vista en la deidad que por espacio de nueve meses deposité en vuestras entrañas; obrad pues, como quien tuvo por tan suya la fortaleza de Dios y conceded con la magnanimidad de vuestro corazon, que no la hospedásteis para despedirla, sino para entrañarla en vuestro espíritu; y con los alientos que teneis de lo divino levantad el ánimo y el pecho heróico, enjutos los ojos á la gloria de mi Padre y vuestro, y por acrecentarla en lo que podreis sacrificar en aras de vuestro afecto la víctima de vuestro amor, que es vuestro Hijo; y alegraos de tener parte en mi muerte para servir con ella al desagravio de Dios y á la felicidad eterna de los hombres.»

A las graves y sentidas palabras de Jesús respondió con serenidad María: «Desde que os concebí en mis entrañas, dulcísimo Señor Hijo mio, tengo presente el doloroso paso en que me veo; desde entonces os he mirado fijo en la Cruz, y así no son estas lágrimas efecto de repentino sentimiento, sino de la gravedad de la causa que del corazon me las ha sacado á los ojos; sois mi Dios y debo llorar el sacrilegio que contra vuestra persona cometerán esta noche y mañana los Judíos, maltratándola hasta ponerla en la Cruz: sois mi Hijo y no puede esta naturaleza que me disteis dejar de sentir el golpe que en vos ha de padecer, vi- viendo tanto mas en vos que en mí.

«Ofreceré pues, estos sollozos y lágrimas al Padre como sangre del corazon, porque mezclada con la vuestra tenga valor para el rescate del linaje humano que vais á celebrar con vuestra muerte; y pues por Madre que os engendré en mis entrañas gozo el derecho de la patria potestad sobre vos, usando de ella os consagro el martirio de la Cruz por la satisfaccion de la injuria, que desde el principio del mundo han hecho los hombres á la Eterna Majestad. Id pues, enhorabuena, id con mi agrado y la bendicion de vuestro Padre y mia; id como cordero puro y manso á las aras del sacrificio y holocausto, y con vuestra sangre estableced las paces entre Dios y el hombre; que yendo vos á obra tan divina, en vuestra persona voy tambien, y ambos padeceremos sin diferencia los tormentos; pues en ambos vive un corazon; padece un cuerpo y ama una voluntad unida siempre á la Divina.

A las doce en punto del mediodia (estudiosamente iba Cristo repartiendo sus acciones de tres en tres horas) salió Jesús de

Betania para la ciudad, conversando con sus Apóstoles de su Pasión; y sintiendo mortal desmayo en ellos, los esforzó diciéndoles: «Ya estamos, discípulos míos, á la puerta de Jerusalem, donde nos aguardan legiones de Angeles con coronas de los Cielos; y tambien ejércitos de demonios que con permisiones de alta Providencia están armados contra mí de todo su furor y su poder. Rigurosos serán los combates, pero los galardones eternos; siendo el premio principal la Gloria de Dios, que con vuestros brazos débiles ha decretado triunfar en esta coyuntura de potestades tan valientes y soberbias.

«Yo solo tengo de morir á manos del rencor de Lucifer y sus ministros, porque el ardid de guerrearle y desvanecerle su imperio es que muera yo: mi muerte sola puede destruir tan arraigada y poderosa Monarquía; por ahora no quiero de vosotros mas de la constancia en confesarme, porque importará para el crédito de mi Divinidad que mis Apóstoles no degeneren de mi fé y que escarnecido de tantos tenga testigos de quien soy. Para esta ocasion os escogí por mis soldados; no para que vertais la sangre en ella, sino para que al derramar yo la mia me consuele viendoo á mi lado: No es mucho empeño el que os pido, más debeis á mi eleccion; y siempre os asistirá con honra la fidelidad de haber acompañado en este trance á quien por sola su voluntad, aun sin saberlo vosotros, os levantó de la humilde suerte en que nacisteis á Monarcas del mundo y de los Cielos.» Pero los Apóstoles estaban tan oprimidos de pavor que ni aun voces tuvieron con que responder á su Maestro.

En el camino de Betania á Jerusalem y en conversacion con sus Apóstoles, ocupó algun espacio de tiempo Jesús: á las tres de la tarde entró en la ciudad y fué á la casa de Juan Márcos, adonde Pedro y Juan tenian prevenido lo necesario para la celebracion de la Pascua; y como padre de aquella familia ajustándose á la Ley (porque en esta ocasion todos los padres de familia eran Sacerdotes), con sus manos degolló el cordero sacrificándole á Dios en memoria de los favores recibidos de su liberalidad en la salida de Egipto y mucho más en reconocimiento de los que habia de hacer al mundo el siguiente dia, desenojándose por su sangre con los hombres poniéndolos en libertad rotos los candados de la esclavitud de Lucifer.

Degollado el cordero, los Apóstoles le prepararon para asarle y le pusieron sobre las áscuas en cruz, atravesándole dos asadores, uno de los piés á la cabeza y otro los brazuelos; ceremonia que en esta oportunidad usaban los Judíos sin entender todos el misterio que contenia el cordero asado en cruz, imágen soberana de Cristo crucificado en un madero, por el bien del mundo. Dispusieron tambien los discípulos las mesas en que habian de cenar, que segun el estilo de la nacion eran unos estrados en forma de lechos ó camas recojidas, donde se acostaban los convidados; y apoyados sobre los codos comian.

A las seis de la tarde puesto el sol (porque entonces el equinocio de la primavera en que las noches son iguales á los dias, y dias y noches tienen doce horas), cuando segun el cómputo

to de los dias iguales ó sagrados comenzaba el viernes primer dia de aquella Pascua, trató Jesús de cenar el cordero y poner último y honroso fin á las ceremonias y sacrificios de la ley. Llegóse á la mesa con los doce Apóstoles ceñidos en forma y disposicion de caminantes, con báculos en las manos y zapatos en los piés, y puesto el cordero asado en medio estando los discípulos en pié, le trincharon y comieron á prisa con pan sin levadura y lechugas campesinas, representando en sus personas las calidades de los antiguos Hebreos la noche que por orden de Dios cenaron el cordero, para salir del dominio bárbaro y cruel de los Egipcios.

CAPÍTULO III

CENA JESÚS LA CENA USUAL Y EN ELLA DÁ LAS SEÑAS DEL PÉRFIDO DISCÍPULO



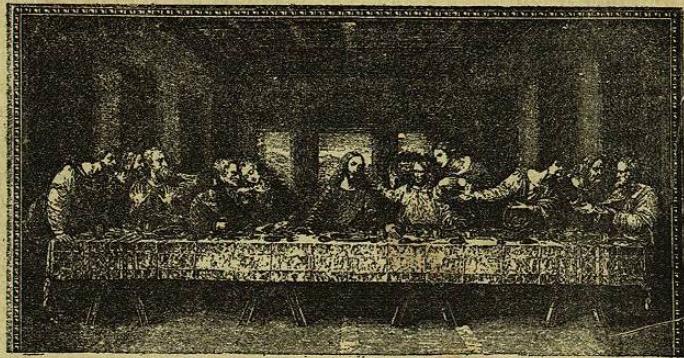
SATISFECHA la obligacion de la Ley con la Sagrada Cena del Cordero, pasó luego Jesús á la usual y comun de manjares ordinarios, los cuales ponian los demás dias en sus mesas los Hebreos. Porque un cordero solo no podia ser bastante cena para toda una familia especialmente siendo numerosa, y así despues de celebrada aquella cena legal y opulenta de misterios en que no se atendia á satisfacer el hambre sino á ejercer aquella sagrada ceremonia, se ponian los Judíos á comer manjares profanos y comunes que pudiesen con su regalo y cantidad no solo dejarlos satisfechos, sino servirles de delicia en la Pascua. Los panes que en estas cenas se administraban eran ácidos ó cocidos sin levadura, porque habiendo comenzado á comerlo desde la Cena del Cordero, perseveraba aquel rito desde entonces hasta el fin de la solemnidad por siete dias; sin que en todo este tiempo pudiera comerse en casa de Judíos pan amasado con levadura, pena de morir por ello quien violase aquella ley; tanto valia la representacion que en él se celebraba.

Recostóse pues, Jesús con sus doce Apóstoles en los estrados ó lechos que por una y otra parte rodeaban las mesas, donde habia el aparato suficiente de panes cuidadosamente amasados de harina pura y sin corrupcion; preciosos vinos, cálices, copas y la demás vagilla de oro, y plata correspondiente todo á la magnificencia con que Juan Márcos, dueño de la casa, quiso en aquella ocasion servir á Jesús. Sentados en esta forma á la mesa, comenzaron á traer á ella manjares escogidos que ministraba la religiosa generosidad de quien los habia hospedado, antes que en su casa, en su corazon y fé.

Pero sobrevino un accidente que acibaró á los Apóstoles la dulzura de los platos que se traian á la mesa, porque con tierna

voz dijo Jesús: «¿Quién creará que uno de vosotros, siendo mis discípulos y compañeros, esta noche me ha de entregar á los Judíos? Pues os certifico que ha de suceder como lo digo.» Declaró Jesús con estas palabras la traicion que ya tenia concertada contra su persona el pérfido discípulo, aunque no manifestó su nombre, para certificarse que no se le escondia nada de lo que tramaba contra él y que de su voluntad se ponía en la de los verdugos; pues sabiendo la traicion y teniendo presente al alevoso, ni declinaba aquella, ni á este le quitaba los alientos á la vida antes le permitía pasar adelante con su delito.

Pero no con menor impulso sacaron á Jesús aquellas voces los deseos de convertir á aquel discípulo que aunque tan atrevido á su Pastor, le consideraba oveja suya; y estaba muy acostumbrado Jesús á no reparar lo que hacían los hombres con él, sino solo advertir lo que su piedad y sufrimiento debía hacer con ellos. Desde el momento en que Judas concertó con los Pontífices su entrega, supo Jesús con claridad, como quien en cuanto Dios estaba presente en el Concilio; pero mirando por la reputacion de aquel Apóstol, la sepultó en su pecho, sin permitir al corazon diese noticia de ella aun al semblante; mas viendo que se llegaba ya la hora en que se habia de ejecutar tan impío sacrilegio, se le estremecieron las entrañas, porque tenia en ellas



mucha parte Judas, é hizo manifiesta á todos sus Apóstoles aquella estraña y formidable voz, sobresaltándolos á ellos para corregirle á él.

Obróse el espanto y temblor en los discípulos, mas no la correccion del apóstata. Entristeciéronse grandemente, porque ya no les afligia el alma la muerte de su Maestro tan vecina, mirándola instrumento de la gloria de Dios y medio para la redencion y salud eterna de los hombres; pero que esa muerte se eje-

cutase por la elevosía de un Apóstol con memorable nota del Colegio, no parece cabía en los términos de la razon. Turbados pues, palpitándoles el corazon y helándoseles la voz entre los lábios preguntaron cada uno de por sí á Jesús: «Señor, ¿por ventura soy yo el que os entregará?» La misma pregunta le hizo Judas entre los demás, disimulando su traicion con la inocencia de discípulo.

Respondióles Jesús: «El que entra la mano en el plato en que yo como, gustando del manjar que está en él, me ha de entregar. Os advierto pues, que yo voy á morir conforme lo tienen anunciado tantos siglos antes los Profetas; que acuerdo y resolucion de tanta sabiduría y tanta eternidad no será justo la retarde la pérfida malicia de un discípulo. Mas ¡ay de aquel por cuya mano fuere yo entregado á los Judíos! Mejor le hubiera estado no haber jamás nacido, no fuera tanta su infelicidad, pues vivir para ser atormentado con increíble rigor eternamente, mayor desgracia es que no ser.»

En estas palabras dió Jesús señas del traidor á sus Apóstoles, Pero confusa y la que era suficiente para que temblase Judas oyendo la sentencia que se habia fulminado contra él; reservando el Señor para sí solo el conocimiento de su maldad por escucharle la infamia y enmendarle sin pérdida de la buena opinion que poseia; rarísima moderacion constituirse alcaide Jesús de la honra de su discípulo, que estaba disponiendo quitarle la suya juntamente con la vida; pero así mostraba las ventajas sin límites que hacía su bondad á la temeraria ingratitud de aquel protervo y traidor discípulo, singular calificacion de los quilates de la sábia mansedumbre de Jesús.

Usaban los Judíos y las demás naciones que comian recostados juntarse en un estrado ó lecho dos ó tres, á los cuales se servia un plato capaz en que comian todos; y los que estaban en los estrados de frente, podían estendiendo algo la mano, entrarla en aquel plato y comer de él en prueba de más estrecho amor y dulce familiaridad; porque con la union del alimento protestaban la de su vida y amor. A Jesús pues, como á padre de familias previnieron Pedro y Juan estrado en cabecera, y á sus lados otros, y en frente algunos; y como los convidados eran solos doce, todos estaban cerca unos de otros.

Servíanse platos singulares á Jesús, pero los Apóstoles entraban la mano en ellos; gustando del manjar, en señal del tierno amor que tenían á su santo maestro; pues en la manera que la veneracion les permitía, comían en su plato con él. Judas, que estaba en el estrado frontero para disimular mejor su alevosía, frecuentaba el entrar la mano en el plato de Jesús más que los otros discípulos; y así pudo esto servir de seña para conocerle; pero como los demás Apóstoles hacían alguna vez lo mismo, no pudo señalarle con claridad; tanto miraba Jesús por el honor de quien deseaba corregir; ni pudo tan fácilmente olvidarle su discípulo, aun cuando este abominaba á su maestro.

CAPITULO IV

LAVA JESÚS LOS PIÉS Á SUS DISCÍPULOS

ACABADA la cena usual y comun, antes de levantarse de las mesas, sosegados por breve espacio los Apóstoles, entró Jesús en la accion la más espantosa y nueva, que habian visto las edades y la de mayor solemnidad, que celebraron jamás los hombres y los Angeles. Fué esta la institucion de la Sagrada Eucaristía, Sacrificio Eterno de la Ley de Gracia y Sacramento de su Cuerpo y Sangre, que por su mano habia luego de repartir á sus discípulos. Y para intimarles la diferencia de este á los otros manjares y la veneracion y pureza con que habian de recibirle en sus pechos, quiso elevarles la imaginacion con una memorable ceremonia, humillándose á lavarles los piés por su persona; demonstracion increíble de amor, pues á no ser tan excesivo, no hubiera tenido brazos para arrastrar á un Dios Hombre por los suelos.

El jueves pues (que segun el cómputo de los dias naturales, era uno antes de la fiesta de Pascua) elevado Jesús á esfera de contemplaciones más sublimes; y respirando las supremas y más vigorosas llamaradas de su amor; conociendo que se llegaba ya su hora, aquella digo en que habia de pasar de este mundo á su Padre, muriendo en una Cruz, habiendo siempre amado con ternura á sus escogidos que moraban en el mundo como más menesterosos de su abrigo, cuando se vió cercano á la raya de su vida; considerando que no habia de tener más tiempo de hacer finezas por ellos, esforzó los bríos y alientos de su amor, para que en el breve espacio de las horas que restaban á su vivir, manifestase la fineza de su cariño; y triunfando de las ingratitudes de los hombres, se pusiese en los últimos extremos del amar.

Y habiendo celebrado la Cena del Cordero conforme la Ley, y cenando la usual y comun, segun el rito de la Nacion, emprendió á instituir otro convite más alto en que mostrar la sabiduría y omnipotencia de su abrasado corazon; dando á entender á los Angeles, que sus mayores delicias eran ser empeñado amante de los hombres, Y porque el amor, segun los tenores naturales, suele alimentarse y vivir de la correspondencia y gratitud, y faltando esto se marchita y muere; siendo el de Jesús, sin ejemplar, pues vivia solo de sí mismo, entónces se mostró más robusto cuando en uno de sus discípulos estaba mirando la más alevosa ingratitud; y en los demás la ignominiosa fuga que habian de cometer aquella noche en Getsemani; dejándole en manos de sus sangrientos enemigos.

No ignoraba Jesús que el Demonio algunos dias antes habia

entrado en el pecho de Judas como dueño de él; y que tratándole como vil esclavo suyo, le habia mandado con sugestiones imperiosas que le entregase á los Judíos; ni se le ocultaba que desde el dia antes tenia ajustada la traicion con los Pontífices; y que aun en su presencia (como si pudiese esconder sus pensamientos de su vista) estaba fabricando la ejecucion de su impiedad. Sabia tambien que no le faltaba poder para convertir en su antigua nada aquel sacrilego; ni sabiduría para escusar la prision que ya le amenazaba; pero no juzgó obra digna de su magnánimo corazon, dar á entender que la llama de amor que tenia al linaje humano era tan moderada que podia apagarse con lluvia tan pequeña.

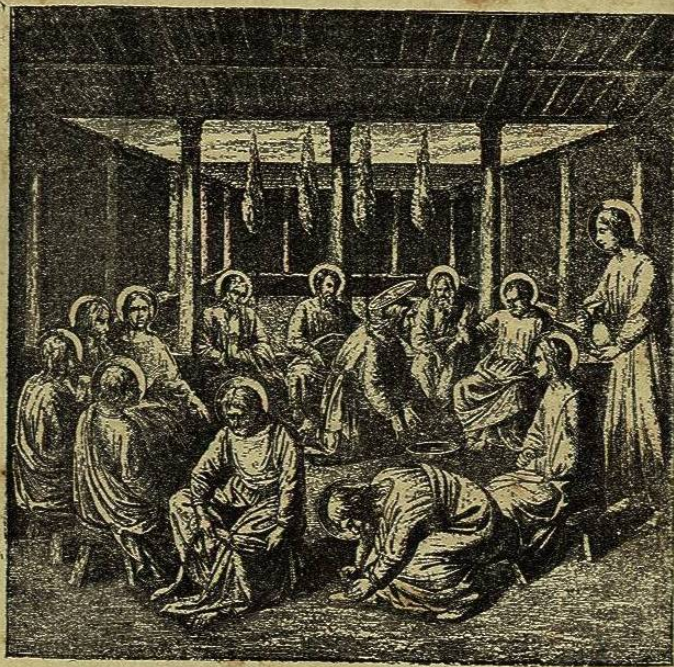
Despreciando pues, la ingratitud de un vil esclavo del Demonio, gobernó sus pensamientos por motivos iguales á la majestad de su persona; y considerándose superior en el señorío y poder, así á Judas como á los Príncipes de los Judíos, porque todos como las demás cosas de este universo se las habia puesto en las manos de su Padre, viéndose con plena libertad respecto de ellos para morir ó escusarse de la muerte, levantó el corazon á considerar los fines altos con que su Eterno Padre habia dado tan absoluta potestad como á hombre Dios, hijo suyo natural; y viendo que el principal motivo fué que restaurase las ruinas de los hombres, mirando por su eterna salud como causa propia suya, pues era pariente mayor de este linaje y advirtiendo que la ponzoñosa raiz de la soberbia que le habia envenenado la comunicó á Adan Lucifer, para que como él habia por ella caido de los Cielos, por ella no subiese á los palacios de la Gloria el hombre; determinó comenzar el reparo de tan lamentable ruina por la más profunda humildad que concibieron jamás entendimientos.

Empeñóle en ello tambien considerarse Hijo de Dios, de quien nació en la eternidad y de quien se partió vistiéndose la jerga vil de hombre, y contempló que si bien su venida al mundo habia sido para satisfacer por el linaje humano y librarle de la tiranía del Demonio, pero que esta piadosa accion habia tenido otro motivo más noble, propio de tan generoso hijo, á quien tocaba mirar por la honra de su padre desagráviándole ajustadamente de la injuria que le habia hecho Adan confederado con Lucifer; y que si el desquite de una ambicion soberbia es una demanda de humildad para mostrarse Hijo verdadero de un Padre Dios agraviado, trató de ejecutar una accion tan heroica que sobrepujase el temerario arrojio de Adan y Lucifer.

Hallábase ya en los últimos plazos de su vida y ejecutábanle sin tréguas obligaciones tan hidalgas; y habiendo de ir dentro de tan breves horas á los ojos y brazos de su Padre, no quiso reservarse de fineza que pudiese echar menos entonces, que tan generosos impulsos dió á su amor los mas heroicos alientos; y como en una misma causa se tegian la gloria de su Padre, de quien habia recibido el ser de Dios y las comodidades de Adan á quien debia el de hombre, considerándose por Dios hombre en tan preciosa deuda, empleó el de Dios y el hombre que tenia

en la satisficcion; haciendo que el Dios que era inventase el mas infimo grado de humildad; y que le pudiese en ejecucion el hombre que vestia, siendo tan prodigioso hecho obra propia solo de un Dios hombre.

Informado Jesús de tan soberanos pensamientos, interrumpiendo el sosiego que despues de la cena comun tenian los Apóstoles, se levantó del estrado ó lecho en que yacia, dándoles orden que no se moviesen de los suyos, se quitó el manto ó vestidura exterior, se ciñó una tohalla, y puesto en traje de sirviente, echó agua en una bacía y comenzó á lavar los piés á sus Discípulos. Solian los Judíos y otras Naciones lavar los piés á sus huéspedes ó convidados, antes de sentarse á comer. No observó este rito Jesús con sus Apóstoles; y así no los lavó antes de la cena legal y la comun; porque lo que era urbanidad lo quiso convertir en sagrada ceremonia con que preparó los ánimos á los Apóstoles para otro convite mas divino; instruyéndoles en la



pureza conque habian de recibir su cuerpo y sangre en la Eucaristía que ya queria instituir.

Llegó Jesús con la bacía en la mano á Simon Pedro, para lavarle los piés; pero asombrado el Apóstol de espectáculo tan prodigioso, y dando apenas crédito á su vista, porque se le avivó la del alma, y le vió entonces Hijo de Dios natural con la luz celestial que en Cesárea de Filipo. Retirando el pié le preguntó: «¿Señor, vos quereis lavarme á mi los piés?» Respondióle blandamente Jesús: «Tú no alcanzas ahora los motivos que tengo para hacer esta accion; obedece que luego lo sabrás.» Pero el Apóstol, ocupado todo del respeto y suma veneracion con que adoraba á Jesús, con resolucion le dijo: «No consentiré jamás que vos, siendo quien sois, y cuya Divinidad estoy mirando, me laveis los piés á mi.»

Entonces con severidad le replicó Jesús: «Si con pertinacia te negares á esta demostracion que hago contigo llena de misterios, no tendrás parte en mi mesa, ni gozaras del manjar soberano que tengo prevenido repartir á mis discípulos para que por su eficacia sean una misma cosa conmigo; privándote de trasformarte en mí y de ser en cierto modo inefable, Jesús. Refresca la memoria de lo que en un sermón prediqué acerca de la milagrosa conversion, que por la virtud del Sacramento de mi cuerpo y sangre, tengo de obrar en los hombres; haciendo que dejando de serlo cuanto á su fragilidad suban á ser una misma cosa conmigo; este baño que quiero dar á tus piés, es preparacion para que recibas con dignidad mayor mi cuerpo y te trasformes en mí, dejando de ser Pedro, y siendo ya Jesús, no llegarás á esta dicha si no te dejas lavar; mira si te estará bien carecer de tanta honra y negar este recreo dulce á tu amor.»

Oyendo Pedro esta amenaza, se rindió y le dijo: « Señor; si la lavarme los piés se encamina á unirme mas estrechamente con vos, no solamente los piés, lavadme las manos tambien y la cabeza.» Dijo á esto el Señor: «Quien ya salió de un baño, habiéndose en él lavado todo el cuerpo para quedar enteramente limpio, no necesita mas que de lavarse los piés que al salir de la fuente tocaron en la tierra; y vosotros estais ya limpios aunque no todos, así por el baño del Bautismo, como por los interiores con que os ha purificado mi Divino Espíritu; y así solo tenéis necesidad de que se os laven los piés, los afectos, digo, del alma que tocan en deseos de la tierra.» Dijo con advertencia Jesús, que no todos sus discípulos estaban limpios, porque entre ellos veia á Judas, el que le habia de entregar á los Judíos, y estaba el miserable asquerosamente torpe y feo, con la deslealtad que aun entonces labraba en el corazón contra Jesús.